

# ¿Qué es la tauromaquia?

Por MANUEL RIOS

UNO de nuestros ensayistas y políticos más representativos de hoy ha dicho: "Si algún día el español fuere o no fuere a los toros con el mismo talante con que va o no va al cine, en los Pirineos, umbral de la Península, habría que poner este sencillo epitafio: Aquí yace Tauridia, es decir, España". Así nos hace ver Enrique Tierno Galván la importancia hispánica del espectáculo taurino, del "acontecimiento" —como él lo llama—, pues si llegara a darse tamaña abulia ante las corridas, "los fundamentos de España en

cuanto a nación —sigue precisando— se habrían transformado".

¿Existe tal peligro? Sería cuestión de analizar toda una baraja de aspectos psicológicos, estéticos, éticos y culturales para alcanzar un viso de conclusión. Y actualmente son muy pocos los intelectuales que se ocupan de la tauromaquia, podrían contarse con los dedos de una mano. Algunos poetas, eso sí, se limitan a escribir versos exaltativos, y otros, como Manuel Mantero, a ver en la Fiesta "los cuernos de la patria herida".

La desatención general

del intelectual por los toros, escama. Porque todo "acontecimiento", además de su motivación natural —en el caso de los toros, una tradición que han sostenido todas las clases sociales—, necesita lo que castizamente podríamos llamar "el dime y el direte", para que mantenga una auténtica vigencia, una viveza salvadora. A la Fiesta, para persistir, le hace falta algo más que el cincheño y el rigor de la crítica. Necesita el interés del hombre analítico de nuestro tiempo desde distintos calidoscopios. Todo menos creerla una simple

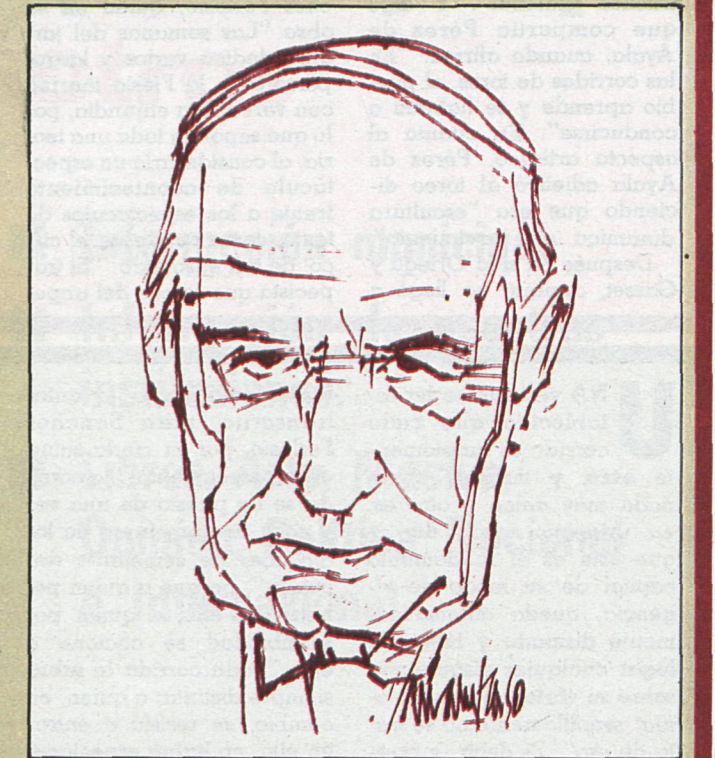
diversión, un típico espectáculo. Hay que seguir dilucidando su carácter de fenómeno hispánico. Ya nos dijo Fernando Villalón, en su "Taurofilia racial", que la afición a toros, en España, tiene tal abolengo racial, que se palpa en sus anales una tan sostenida voluntad por parte del pueblo en conservarla, que fue y es tan general entre sus habitantes su ejercicio, que puede decirse, sin caer en hipérbole, que el taurinismo constituye una característica fuertemente burilada en el temperamento español. Pero, ¿qué es la tauromaquia?

DESDE Costa a Ortega y Gasset, al pensador español siempre le han inquietado las corridas, existiendo un gran contraste de pareceres. Para Costa eran motivo de pervisión del sentimiento del público. Menéndez Pelayo, por el contrario, aseguraba lo siguiente: "La tauromaquia es una terrible y colosal pantomima de feroz y trágica belleza, en la cual se dan reunidos y perfeccionados los elementos estéticos de la equitación y de la esgrima". Igualmente dijo: "Dilucidar si las corridas de toros nos deshonran, o si son el menos bárbaro y el más artístico de todos los espectáculos cruentos dentro y fuera de casa, es obra de titanes". Rodríguez Marín, el eximio folklorista, estaba convencido de que en su época "los toros eran media vida española", y que "contra la Fiesta de toros nadie podría aquí nada

sino los toros mismos", quizá porque se autocalificaba "platónico amante de la bizarrísima Fiesta". Cossío, autor de esa magna enciclopedia titulada **Los toros**, consideraba que el tema importa como matización de nuestro carácter y no como definición de él. Azorín creía al respecto que además del espectáculo en sí, era nocivo el ambiente y sus aledaños. A Baroja le escandalizaba incluso "la crueldad cobarde del público", ante el miedo humano del torero. Maeztu acusaba al toreo de lacra social. Unamuno tenía una actitud frente a los toros que arrancaba de algo que le dolía muchísimo: "Lo triste —escribió— es que cualquier torero de cartel sea en nuestra España mucho y mejor conocido, y conocido por muchísima gente, que el más sólido hombre de ciencia, el más íntimo poeta, el más profundo artista". Pero la defini-

ción unamuniana de la tauromaquia dice así: "En las corridas de toros no hay las insoportables unidades de la tragedia seudoclásica, y además allí se muere de veras.

Se muere y, sobre todo, se mata de veras. Se mata al toro como un buen cristiano español de los buenos tiempos mataba a un perro infiel, de veras".



# ¿Qué es la tauromaquia?

**N**O hay que olvidar la visión de Antonio Machado acerca del público taurino: "Si veis que un torero ejecuta en el ruedo una faena impecable y que la plaza entera bate palmas estrepitosamente, aguardad un poco. Cuando el silencio se haya restablecido, veréis indefectiblemente un hombre que se levanta, se lleva dos dedos a la boca y silba con toda la fuerza de sus pulmones. No creáis que ese hombre silba al torero —probablemente él lo aplaudió también—: silba al aplauso". Machado, con tan oportuna observación, denuncia algo peculiar de nuestra idiosincrasia, ese tradicionalismo estar contra esto y aquello. Mas Antonio Machado nos ofrece su teoría taurina a través de su Juan de Mairena:

"Vosotros sabéis mi poca afición a las corridas de toros. Yo os confieso que nunca me han divertido. En realidad, no pueden divertirme, y yo sospecho que no divierten a nadie, porque constituyen un espectáculo demasiado serio para diversión. No son un juego, un simulacro más o menos estúpido, que responda a una actividad de lujo, como los juegos de los niños o los deportes de los adultos; tampoco un ejercicio utilitario, como el de abatir reses en el matadero; menos un arte, puesto que nada hay en ello de ficticio o imaginado. Son, esencialmente, un sacrificio. Con el toro no se juega, puesto que se le mata, sin utilidad aparente, como si dijéramos de un modo religioso, en holocausto a un dios desconocido. Por eso

las corridas de toros, que, a mi juicio, no divierten a nadie, interesan y apasionan a muchos. La afición taurina es, en el fondo, pasión taurina; mejor diré fervor taurino, porque la pasión propiamente dicha es la del toro". Aquí no terminan las consideraciones machadianas sobre la tauromaquia y hay que detenerse en un siguiente planteamiento: "Nosotros nos preguntamos porque somos filósofos, hombres de reflexión que buscan razones en los hechos, ¿qué son las corridas de toros? ¿Qué es una afición taurina, esa afición al espectáculo sangriento de un hombre sacrificando a un toro, con riesgo de su propia vida? Y un matador, señores —la palabra es grave—, que no un matarife —esto menos que nada—, ni un

verdugo, ni un simulador de ejercicios cruentos, ¿qué es un matador, un espada, tan hazñoso como fugitivo, un ágil esforzado sacrificador de reses bravas, mejor diré de reses enfriecidas por el sacrificio? Si no es un loco —todo antes que un loco nos parece este hombre docto y sesudo que no logra la maestría de su oficio antes de las primeras canas, ¿será acaso un sacerdote? No parece que pueda ser otra cosa. ¿Y al culto de qué dioses se consagra? He aquí —termina diciendo Machado— el estilo de nuestras preguntas en nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior". Antonio Machado, por consiguiente, invitaba abiertamente, con esas observaciones tan atinadas, a persistir en el desentrañamiento de la tauromaquia.

**V**ALLE-INCLAN era partidario del toro. "Los toros —dijo— son la única educación que tenemos". Algo terminante y posiblemente bastante fundada, razonable, era su visión y entendimiento de lo que él llamó en uno de sus esperpentos "la estética violenta". Y algo que compartía Pérez de Ayala, cuando afirma: "En las corridas de toros, el pueblo aprende y se habitúa a conducirse". En cuanto al aspecto artístico, Pérez de Ayala adjetivó al toro diciendo que era "escultura dinámica en movimiento". Después ha sido Ortega y Gasset, aunque no llegó a

escribir su prometido libro sobre el tema, quien ha tratado con mayor rigor filosófico el fenómeno taurino. Y con él D'Ors, Marañón, Salvador de Madariaga, Américo Castro, Bergamín, Pedro Caba, Laín Entralgo y Tierno Galván. Desde ellos hay que pasar a Rafael Sánchez Ferlosio, quien en su obra "Las semanas del jardín" dedica varios y largos párrafos a la Fiesta taurina con verdadera enjundia, por lo que suponen toda una teoría, al considerarla un espectáculo de acontecimiento frente a los espectáculos de texto, como puede ser el circo, de tan ensayado: "El trapeceista que se cae del trape-

cio cae también fuera del circo, mientras que el torero que muere en la arena —no por derrame cerebral, sino por cornada de toro—, muere enteramente en el seno de la santa madre tauromaquia; un accidente de circo pasa de las páginas de espectáculos a la de sucesos, en tanto que una cogida se resiste en la página de toros". Y para Sánchez Ferlosio, la nulidad de la controversia acerca de los valores de la corrida tiene las siguientes razones: "La índole específica de la tauromaquia se reirá eternamente de la disputa entre quienes la desdeñan por su monotonía y quienes la defienden por su variedad, pues unos y

otros se hallan situados en un punto de vista que yerra enteramente al modo de vigencia del objeto, modo que lo hace tan invulnerable a la inventiva de la uniformidad como insensible e indiferente a los elogios de su variedad". Y aclara: "Monotonía y variedad son ambas y en el mismo grado —supuesto que pertenecen al mismo criterio de consideración— atributos del todo inconvenientes a su naturaleza, calificaciones que le resbalan por fuera sin tocarla, y, por eso, también insostenibles, pues, ¿quién, si es desapasionado, se atrevería a dar más razón a quien sostiene lo uno que a quien lo contrario?

**U**NA vez que se ha establecido que cada corrida es simplemente **otra y única**, como nada más único y otro es, en principio, cada día, y que este es el fundamento capital de su modo de vigencia, queda automáticamente disipada y fuera de lugar cualquier disquisición sobre su variedad o monotonía: sencillamente no se trata de eso". Es decir, y pres-

temos atención a lo antes transcrito, para Sánchez Ferlosio, por su cierta salud de acontecimiento, "la corrida se ha puesto de una vez y para siempre fuera de los alcances de semejante discusión", porque a quien penetra en ella, a quien por sensibilidad se aficione a ella, "cada corrida le sabrá siempre distinta; a quien, en cambio, se resista a entrar en ella, no habrá espectácu-

lo que le parezca más monótono ni asiduidad que le resulte más incomprensible". Indiscutiblemente, el toro no es espectáculo para todos, puesto que lleva intrínsecas propiedades que van desde el arte a la sorpresa, porque aun partiendo de unos cánones no puede tener texto como el teatro, por ejemplo, y por ello la tauromaquia necesita de un espectador propenso a unos

especiales sentires y sensaciones. Sentires y sensaciones que el intelectual debería analizar a tono con nuestro tiempo. Esperemos que cunda el ejemplo de Sánchez Ferlosio, para bien del "acontecimiento" que no solamente perdura, sino que se extiende cada día más por otros lares del mundo, y siempre con el marchamo de lo genuinamente español.

# Para un **Madrid** autónomo

# CISNEROS



## Un semanario que se ocupa de **nosotros**

Miguel Angel, 25. Madrid-10

### BOLETIN DE SUSCRIPCION

Don .....

Domicilio .....

Localidad ..... Provincia .....

Ruego se sirvan suscribirme por:

26 números, 52 números  
(1 SEMESTRE)  (1 AÑO)

#### FORMA DE PAGO:

- 1. Giro postal.
- 2. Talón bancario.
- 3. Transferencia cuenta número 4.046. Banco de Préstamo y Ahorro. Miguel Angel, 21. Madrid-10.

TARIFAS: Semestral, 600 pesetas; anual, 1.200

- Información municipal.
- Información de nuestras instituciones.
- Libros, Arte, Música, Opinión, Política Nacional e Internacional.

Enhorabuena!



**MADRID**  
para MADRID



Comunidad Autónoma de Madrid